

LA MAGIA DEL AMOR

Patricia Rice



Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Título original: Merely Magic
Traducción: Silvina Merlos

- © 2000 Patricia Rice. Reservados todos los derechos
- © 2009 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.
- © 2009 por la traducción Silvina Merlos. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Noviembre 2009

ISBN: 978-84-92688-83-8

Depósito Legal: M-38921-2009

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Brosmac S.L.

© Valery
www.valery.es
editorial@valery.es

Editorial ViaMagna
Gran Vía de Carlos III, 84
Entresuelo 3ª
Barcelona, 08028
www.editorialviamagna.com
email: editorial@editorialviamagna.com

PRÓLOGO

—Mi madre ha muerto.

—Porque no me escuchó, cariño.

La anciana, que olía a hojas y rosas, estrechó a su nieta, de diez años, en sus brazos rollizos.

—Mi padre no me quiere. —Ninian intentaba no lloriquear mientras se acurrucaba en el primer abrazo acogedor que recordaba recibir.

—Porque eres una Malcolm, y los hombres le temen a lo que no entienden. Lo comprenderás cuando seas mayor.

—Mi padre dice que soy una bruja, abuela. No soy una bruja, ¿no es verdad?

—Eres una Malcolm, querida, que es casi lo mismo. Las brujas pueden hacer mucho bien si oyen a sus mayores y hacen lo que se les dice. —La anciana la apartó y enderezó los hombros de Ninian—. Quédate aquí a mi lado; te leeré una historia. —Le dio una palmadita al libro con tapa de cuero que estaba sobre su regazo.

—Mi madre no quería que fuera una bruja —susurró Ninian, de repente asustada mientras subía a la silla y percibía la determinación de su abuela.

—Tu madre negaba lo que era, cariño, y murió por ello. Nunca niegues lo que eres, y vivirás una vida larga y feliz.

—¿Qué soy? —preguntó, mientras se acurrucaba en el abrazo polvoriento de su abuela, momentáneamente tranquila por sus promesas.

—Una Malcolm, querida mía —repitió la anciana—. Siéntete orgullosa y agradecida por tu herencia. Podemos tener cualquier cosa que deseemos, si lo deseamos con la fuerza suficiente. Lo único que nunca debemos hacer es negar quienes somos, como nos dice la historia. Una vez un Ives intentó obligar a su señora Malcolm a negar su herencia, y eso casi destruye el pueblo.

A Ninian le encantaban las historias. Gustosa, se acomodó para oír.

CAPÍTULO 1

Northumberland, 1750

Sola, al borde del claro, Ninian Malcolm Siddons estaba sentada sobre una piedra dada la vuelta que pertenecía al círculo que una vez había dominado esa colina, y contemplaba la hoguera y las parejas que bailaban y reían abajo. Ser una Malcolm era algo muy solitario. Esa noche, hubiese preferido bailar, cantar y gritar de alegría a la luz de la lumbre, como todos los demás.

Deseaba gritar y chillar: «¡Estoy aquí! ¡Aquí! ¡Soy yo!». Pero era peligroso atraer ese tipo de atención. No podía satisfacer su naturaleza volátil y tener una rabieta ante la injusticia de la vida; solo acrecentaría el temor que el pueblo sentía por ella. Según le había enseñado su abuela, debía recordar quién era, qué era, y sentirse orgullosa de ello. Tenía un don y un talento como los que nunca se le habían concedido a nadie, y debía utilizarlos con sabiduría. Hacer que los aldeanos le temieran no era acertado.

Suspiró y puso los ojos en blanco por la exasperación. Los «dones» y los «talentos» no eran tan valiosos ni apasionantes como la magia en los cuentos de hadas. Si tan solo poseyera magia *verdadera*, podría evocar a un enamorado para que bailase con ella. Sonrió cuando la fantasía se representó en su mente. ¿Qué clase de enamorado evocaría? ¿Moreno

PATRICIA RICE

y apasionado? ¿Rubio y cariñoso? ¿Uno que le diera bebés regordetes y alegres?

Uno que bailara con ella.

Nunca había ni siquiera pensado en compartir su vida con alguien hasta que su abuela murió el invierno anterior. Dadas las circunstancias, no valía la pena pensarlo ahora. Debía dedicar su vida a la gente de Wystan, al igual que lo había hecho su abuela... o negar su herencia y perder todo, como lo había hecho su madre.

La fogata brincó más alto en la noche estrellada de mayo cuando alguien agregó broza nueva a las llamas. Con la ayuda de la luna, el claro destellaba con el brillo plateado de mil velas y colmaba la noche de encanto.

Beltane era una noche para celebrar la fertilidad de la tierra, para librarse de la oscuridad del frío invierno. Debería regocijarse con la promesa de la primavera, no preocuparse por lo que nunca podría tener. Era hora de superar el dolor por la muerte de su abuela y seguir viviendo.

Ojalá supiera exactamente de qué se trataba. Ocuparse de sus hierbas, curar a los enfermos y asistir partos no era exactamente la promesa que había esperado, ahora que se enfrentaba sola a esas tareas.

Con paciencia, se incorporó cuando un exceso de hilaridad y alegría la sacudió con la proximidad de los bailarines.

—¿Has oído? ¡Lord Ives está arreglando el castillo! —caceó Tom, el hijo del ruedero, mientras él y varios más se reunían para recobrar el aliento.

—Todos seremos ricos —Alice, la hija de un granjero, expresó su entusiasmo con regocijo.

—El año que viene, para esta época, tendremos cerdos gordos en nuestros corrales y gansos en nuestras mesas. —El hijo de un ganadero de ovejas, Nate, le pasó la jarra de cerveza a la persona siguiente.

El regreso de un Ives a Wystan después de todos esos años preocupaba a Ninian. Había creído que la leyenda del li-

LA MAGIA DEL AMOR

bro de cuentos de su abuela era un poco más que un cuento de hadas y nunca le había temido... hasta ahora, con el reciente regreso del misterioso aristócrata.

Según la historia, hace mucho, mucho tiempo, los Ives y los Malcolm habían sido la nobleza de aquella zona, habían construido castillos y protegido a su gente. Pero según la leyenda, la catástrofe destruyó su tierra feliz debido al matrimonio de un Ives y una Malcolm. La prosperidad había desaparecido, los señores Ives se alejaron y solo permanecieron los Malcolm, que cuidaron del pueblo lo mejor que pudieron. Cuando los demás se marcharon a otros sitios en busca de riquezas, el pueblo se redujo y ya no fue necesario más que un Malcolm allí, por lo que hasta los Malcolm se marcharon. Las tías de Ninian siguieron a sus esposos aristócratas y continuaron en busca de mejores horizontes. El don particular de Ninian funcionaba mejor en la soledad del pueblo, por lo que había decidido quedarse atrás.

¿Por qué una leyenda salía de su libro de cuentos apenas hubo muerto su abuela? Y si ese lord Ives podía hacer rico al pueblo, ¿necesitarían a Ninian para algo? ¿O traería la tragedia que predecía el libro de cuentos?

Poniendo freno a un repelús de miedo y borrando de su mente esa superstición estúpida, Ninian observaba con curiosidad a los solteros sin compañía mientras los músicos comenzaban a tocar una nueva pieza.

Nate asió la mano de su compañera, Gertrude rio y se largó con él para unirse a los danzantes. Mientras los demás jóvenes elegían a sus compañeras y las parejas risueñas se lanzaban a la juerga, dejando atrás a Ninian —una vez más—, sus hoyuelos desaparecieron y sus hombros cayeron con el peso de la soledad.

No debería importarle que no la invitaran a bailar. Eran simples muchachos incultos de pueblo, y ella era una Malcolm. Las Malcolm no solo eran brujas, sino que también pertenecían a la nobleza, tenían una educación que iba mucho

PATRICIA RICE

más allá de los recursos de los simples granjeros. Lo comprendía. En verdad lo hacía. Pero la música era muy alegre y la luna, más que hermosa.

Una anciana rio cuando Gertrude abofeteó el rostro de Nate y se marchó haciendo aspavientos.

—Aquel no tiene nada más que una cosa en mente —le dijo la anciana a su compañero.

Todas las muchachas del pueblo sabían de las manos calientes y las dulces palabras de Nate. Sin embargo, incluso ebrio de cerveza, bailaba con buen paso y a Ninian no le hubiera venido mal dar una vuelta alrededor del fuego. Solo una.

No era que esperara amor.

Un rito de fertilidad pagano, qué apropiado.

De pie en las más profundas sombras del lindero del bosque, Drogo Ives, conde de Ives y Wystan, observaba, con los brazos cruzados, arder la fogata en el claro hacia el cielo. Las notas hipnóticas de la flauta y del violín se movían en el viento junto con los sonidos de las risas.

Había llegado a esa región desierta del norte de Inglaterra con la esperanza de estudiar las estrellas, no el comportamiento humano. Solo Dios sabía que en Londres tenía suficientes especímenes que estudiar si hubiera deseado escoger la ciencia de las personas; no obstante, prefería la distancia y la precisión matemática de las estrellas. Al menos las estrellas eran predecibles.

La hoguera había despertado su curiosidad cuando la vio desde sus ventanales. Había pasado un día largo y agotador con las cuentas de las tierras, la correspondencia y las decisiones con respecto a las últimas aventuras de sus hermanos y, de manera inexplicable, se sintió atraído por la vista de las llamas que brincaban.

Una silueta solitaria, escondida en la penumbra entre él y las alegres parejas en el claro, atrajo su curiosidad. Podría

LA MAGIA DEL AMOR

no ser de esa zona, pero tenía el suficiente conocimiento del folclore como para reconocer la celebración de Beltane del pueblo. Cuando terminaban los rituales de fertilidad de primavera, se tornaba bastante insulsa. Incluso reconocía el deseo primitivo de procrear dentro de sí mismo. La calidez de una nueva víspera de mayo, el zumbido de las criaturas nocturnas de la naturaleza buscando pareja, las aves expectantes y las plantas florecientes de la primavera, incitaban hasta lo más estoico del género humano al deseo de crear réplicas de sí mismos en el interior del útero de una mujer.

Drogo cerró con un estruendo una puerta de acero a aquel pensamiento mientras observaba la solitaria silueta en el claro.

Su cabello rubio brillaba con la luz de la luna, se rizaba en bucles salvajes sobre sus hombros y hasta la mitad de su espalda, no estaba cubierto ni con un sombrero ni con un velo. Había vislumbrado su rostro con anterioridad mientras ella intercambiaba palabras con algunas de las parejas. Tenía un rostro redondo de una pureza de color marfil, con misteriosos ojos claros que apenas podía distinguir bajo la franja plateada de la luz de la luna.

Y tenía una figura por la que los hombres matarían. Contemplaba su prominente busto y su esbelta cintura con una mirada desilusionada. Una belleza silvestre, hecha para la reproducción. Vaya, entonces, ¿no era parte de una de las parejas apasionadas que danzaban alrededor del fuego? Debería saberse al dedillo la concurrencia de los hombres que bailaban.

No tenía ninguna intención de involucrarse mucho en los asuntos del pueblo sobre los que podría preguntar. Ansiaba una soledad que no podía conseguir en Londres, y no necesitaba otra mujer que le fastidiara la vida ni la mente. Sería mejor que regresara a sus estudios en la torre o a la tediosa cantidad de mensajes frenéticos desde Londres.

La diosa plateada se volvió justo lo suficiente como para que él pudiera ver la añoranza en su expresión, una año-

PATRICIA RICE

ranza que se asemejaba mucho a la propia, y la soledad de ella casi lo deja paralizado.

Se negaba a sentirse de ese modo. No tenía derecho. Tenía en su mesa mucho más de lo que le fuera posible consumir.

Pedir un manjar que no era suyo era de un egoísmo detestable.

Como percibiendo su conflicto emocional, la doncella de la luna se volvió y miró hacia el bosque, donde él se encontraba. Su excitación intensa y repentina al ver sus rasgos iluminados por las estrellas decidió la cuestión. No se convertiría en su padre, bailando despreocupado hacia la llamada de la tentación, siguiendo a su polla como una cola.

Dejó que encontrara a otro compañero para esa noche de amorío. No tenía nada que ofrecerle.

Ninian se estremeció cuando creyó ver una sombra que se introducía sigilosamente en la oscuridad. Quizás Satanás salía de paseo en una noche como esa, como le había advertido su abuela, pues solo un demonio sin alma podía escapar a su percepción. Su don de percibir los sentimientos humanos podía hacer que no comprendiera lo que sentía, pero le daba la habilidad de advertir la presencia de alguien.

Su abuela le había enseñado a tratar con los demonios externos, como los hombres peligrosos. Ninian deseaba que le hubiera enseñado a tratar con los demonios internos, como la duda y la soledad. Su abuela le había enseñado todo lo que se sanaba fácilmente con hierbas y amuletos aunque, según Ninian, los amuletos no podían curar cualquier cosa. No obstante, respetaba la memoria de su abuela y mantenía la mente abierta. La mujer sabía mucho más de lo que Ninian esperaba aprender alguna vez.

La música cambió y las parejas risueñas se distanciaron del fuego. En lugar de marcharse, como debería haber hecho, permaneció allí. Esperaba, sin perder la tonta esperanza de

LA MAGIA DEL AMOR

que al menos uno de los hombres se animara a invitarla a bailar, ahora que habían bebido más cerveza. Hacía todo lo posible por sonreír con ingenuidad, como lo hacían las otras doncellas.

—Dicen que el conde tiene tres esposas —comentó Nate, riendo, cuando se acercó. Una vez más su brazo envolvía con firmeza los hombros de Gertrude.

—Dicen que todos los Ives son demonios que solo recorren la noche. —Tom sonreía, mientras Alice chillaba de horror y se acurrucaba más en sus brazos.

Quizás Ninian no era la única que había notado una presencia al borde del bosque. Miró por encima del hombro una vez más, pero la sombra había desaparecido.

—¿Sabéis lo que dicen que sucedió la última vez que un Ives caminó por esta tierra? —susurró Nate con el tono amenazador de un hombre que relataba una historia de fantasmas—. Se juntó con una bruja y todo el valle se inundó.

Todas las cabezas giraron en dirección a Ninian.

A Ninian se le agrió el estómago ante la atención. No importaba cuánto se esforzara por ser una de ellos: la maldición de su herencia siempre levantaba barreras. No sabía por qué se les había unido esa noche, excepto que a veces, en la cabaña, resonaba la soledad.

Harry, el zapatero, volvió a atraer la atención hacia sí mismo.

—Ya que este Ives tiene tres esposas, es probable que no necesite más, ¿no es verdad?

Los chavales se mofaban a carcajadas. Las mujeres reían con nerviosismo.

Agradecida por el foco de distracción de Harry, Ninian se aferró a su sonrisa con hoyuelos y observó el baile, mientras la conversación continuaba sin ella.

Incluso Harry, quien la había defendido verbalmente desde que le había soldado su dedo roto, nunca hacía más que saludarla con la cabeza. Se necesitaba un hombre valiente de veras para cortejar a una bruja Malcolm. A esas alturas, debería estar acostumbrada al rechazo.

PATRICIA RICE

Las supersticiones de los aldeanos sobre sus orígenes no hacían que se preocupara en exceso. Inglaterra no había quemado una bruja en... eh... cien años o más. Ni habían colgado a una en veinte o treinta años. Tenían métodos más civilizados de destruir a las brujas en ese momento. Una palabra o una mirada incorrecta, y no vería más que sus frías espaldas. Y tras las cosechas escasas de esos últimos años y después del mal invierno, no podía culparlos. A diferencia de su abuela, no podía convencer a las personas de hacer lo que era bueno para ellos con amuletos y promesas. Solo podía sanar a los enfermos con sus conocimientos sobre las hierbas. Su don para la empatía era excepcionalmente inútil, y más un fastidio que una ayuda.

Deseaba que las cosas pudieran ser diferentes. Solo por una vez quisiera que alguien la aceptara como era, que la abrazara fuerte y bailara con ella a la luz de la lumbre, como las personas normales.

«Y en realidad *soy normal*», se decía a sí misma con firmeza. Solo sabía un poco más sobre hierbas que la mayoría, tenía una habilidad impredecible para percibir lo que sentían los demás, y la inteligencia para aplicar ambas. No era una bruja. Era una Malcolm.

Sin embargo, en la mente de muchos, no había diferencia.

Con un suspiro lleno de ilusión, Ninian se alejó del claro y se adentró en el bosque, lejos de las celebraciones, lejos de la vista de los demás que iban con disimulo, pareja a pareja, hacia las sombras de la hierba y los árboles, allí, para crear la cosecha excepcional de bebés a cuyos partos asistiría llegado el invierno. Bebés que nunca tendría. La mejor manera de eliminar el dolor que le causaba ese pensamiento era con el trabajo.

Ninian se paseó entre los árboles, dejó bien atrás la hoguera y la multitud apasionada, y buscó el arroyo rumoroso en el que habitaba la hierba que necesitaba. Bajo la plena luz de la luna, la agrimonia debería contener todo el poder que

LA MAGIA DEL AMOR

necesitaba para el trabajo del día siguiente. Deseaba que el arroyo corriera a través de la propiedad de su abuela para no tener que desviarse tanto para conseguirla. Sin embargo, nadie se había quejado jamás de su intromisión en la tierra de los Ives. Desde luego, hasta hacía poco, no había habido nadie para quejarse.

Lord Ives sin duda había despertado una controversia al regresar después de generaciones de abandono, pero Ninian no disfrutaba del cotilleo. Claro que ningún hombre podía tener legalmente tres esposas. Conocía lo suficiente del temperamento humano como para dudar hasta de su habilidad para tener a tres señoras bajo un solo techo, aunque pensar en la naturaleza de semejante hombre despertaba fantasías peligrosas.

Regresó de manera deliberada a los pensamientos de las hierbas y a la mejor manera de convencer al pequeño hijo de Mary para que bebiera una infusión de ellas y así aliviar su dolor de garganta, y no advirtió la presencia que la seguía hasta que fue demasiado tarde para esconderse.

Supo de inmediato quién era y por qué. Nate. Justo cuando captó la fuerza de su arrogancia, junto con un enfado confuso y un olorcillo a miedo, él apareció tambaleante desde una curva del camino.

La atrapó en campo abierto sin ningún lugar adonde correr y ella ejerció su mejor defensa, la que utilizaba para hacer reír a los niños. Parpadeó con inocencia y se enroscó un rizo en el dedo. Sus rasgos con hoyuelos, los bucles rubios y los ojos azules podían lograr que un hombre dudara de las leyendas. ¿No eran todas las brujas misteriosas y peligrosas?

—Vaya, Nate, ¿qué haces aquí? Gertrude se sentirá muy decepcionada sin tu compañía.

—Gertrude se ha marchado con ese patán, Harry. Tú eres mucho más bonita que ella. No debiste haberte marchado tan pronto. —Se acercó con sigilo, mientras le miraba el busto.

PATRICIA RICE

Podía advertir que olía a cerveza y sintió su peligrosa determinación. A pesar de su baja estatura, Ninian sabía que era fuerte, pero Nate no solo era más alto, sino que también pesaba varios kilos más.

—Vaya, Nate, qué amable de tu parte acompañarme a casa —respondió a la ligera—, pero de verdad, no es necesario. Regresa a divertirme.

—La tierra de Ives está muy lejos de tu cabaña —dijo Nate con desconfianza.

—¡Ah, pero necesito el berro del arroyo! —Ninian se escabulló cuando él alargó la mano para cogerla. Si no era lo suficientemente buena para bailar delante de todos, desde luego que no tenía intención de coquetear con él en privado. Podía estar sola, pero no era tonta—. Estaré bien. Vete.

—Sabes que no hay otro hombre en el pueblo para ti excepto yo. —Probó un tono de voz engatusador mientras se acercaba a ella—. Mi padre posee muchas ovejas y mucha tierra. Soy fuerte. Puedo hacer el trabajo de tres hombres.

Ninian sabía la clase de «trabajo» que tenía en mente y reprimió una risa irónica ante su vanidad.

—¡Vaya, Nate! Me halagas. —No podía correr con la rapidez suficiente como para escapar de él, pero tenía cinco veces más ingenio del que él poseía, en especial cuando estaba confundido por el alcohol.

—Te mostraré lo bueno que puedo ser. —Al parecer, alentado por la falta de coquetería de ella y una buena cantidad de grog, Nate hizo a un lado sus temores y la cogió.

Preparada, Ninian dio un paso a un lado y extendió un pie para que tropezara. Inmerso en el aturdimiento inducido por el alcohol, resbaló en el lodo, alzó los brazos para estabilizarse y cayó de lleno en el arroyo helado. Eso debió ahogar su fofosidad excesivamente caliente.

Ninian supuso que con un comportamiento como ese, merecía los epítetos que él le profería mientras se incorporaba, jadeante.

LA MAGIA DEL AMOR

—¡Pagarás por esto, bruja! —gritaba, agitando el puño hacia ella mientras por su frente corrían regueros de agua.

¡Vaya! No vale de nada evitar el rencor. También podía arrojar ramitas y piedras si continuaba comportándose de esa forma.

—¡Si en verdad fuera una bruja, haría que se te pudrieran los cojones, imbécil! —le respondió gritando. Su abuela no se hubiera sentido feliz. Después de todos esos años de tomar el camino seguro y estrecho, lo tiraba todo en un ataque de rencor. Se creía más lista.

Maldiciendo, Nate se incorporó sobre las piedras resbaladizas, salpicado hasta los pies y atacado por la ribera y por Ninian. Vaya, quizás no había perdido por completo su apariencia inofensiva. No le temía lo suficiente como para correr.

Cuando la cogió, una fría voz se entrometió desde la oscuridad de los árboles.

—¿Hay algún problema?

Sorprendido por oír una voz que no provenía de ningún sitio, Nate volvió a resbalar en la orilla y se cayó en el agua una vez más. En medio de la retirada, Ninian quedó helada.

No había *sentido* ninguna presencia. ¿Cómo era posible? *Nunca* nadie se había acercado a ella de esa manera sin que su sentido superior le alertara. Con los ojos bien abiertos, se volvió de manera brusca en la dirección desde la cual surgía la voz.

Nate se quitó el agua de los ojos de una sacudida y volvió a ponerse de pie de un brinco, pero de manera inestable.

—¿Quién está ahí? —exigió saber.

Ninian sospechaba que temblaba de algo más que de frío. A pesar de sus alardes, Nate tenía las mismas supersticiones ignorantes que la mayoría de los vecinos. En ese mismo instante, ante el sonido de la voz espeluznante e incorpórea, Ninian comprendió su temor ante lo desconocido.

—Discutíamos sobre mi capacidad de regresar sola a casa —respondió ella con osadía, deseando que el extraño se

PATRICIA RICE

dejara ver. La ausencia de cualquier emoción humana desde donde provenía la voz la asustaba tanto como la ausencia de una presencia física.

Para su alivio, una sombra sólida se separó de los árboles. Era un hombre, más alto que Nate, con anchos hombros y un físico tan elegante que resultaba inquietante; el intruso misterioso ocultaba sus rasgos al permanecer aún alejado de la luz de la luna.

—Estáis invadiendo una propiedad ajena —afirmó con la misma falta de inflexión que la primera vez que había hablado.

—¡Lord Ives! —Nate salió rápidamente del arroyo, subiendo con dificultad la orilla del lado opuesto. Le lanzó a Ninian una mirada aterrada—. ¡Él es el demonio y tú estás aliada con él!

Ninian suspiró ante la inevitable conclusión y alzó los brazos, agitó los volantes fruncidos de sus largas mangas y lanzó un espeluznante «¡bu!» en dirección a Nate. Rio cuando Nate huyó por el bosque dando alaridos.

—Me alegra que eso le divierta —dijo lord Ives desde atrás, con lo que pudo haber sido un toque de mordacidad—. ¿Le importaría explicarme qué significaba eso?

Desde luego, que el señor era nuevo en la zona. No conocía el folclore local sobre las brujas Malcolm y los demonios Ives. Ella se volvió para juzgar su reacción y debió alzar la mirada mucho más de lo que le agradaba. A través de los rayos de luz de la luna, su silueta se veía asombrosamente imponente y demasiado cercana.

Su abuela le había enseñado sobre las tentaciones de las fuerzas oscuras hacia las cuales las brujas se sentían atraídas. Debería ser cautelosa.

—Bienvenido a Wystan, *milord*. —Hizo una reverencia como le habían enseñado hacía mucho tiempo. Al enderezarse, agregó con picardía—: Soy Ninian Malcolm Siddons, bruja residente. —Su abuela también había jurado que en su interior residía un diablillo en lugar de brujería.

LA MAGIA DEL AMOR

En vez de reír o alejarse por temor, como haría cualquier hombre normal, lord Ives inclinó la cabeza con interés.

—¿Ninian? ¿El nombre de una santa?

No solo era audaz sino que también poseía conocimientos sobre historia antigua. Interesante. Su abuela decía que a los hombres no les daba por aprender.

—Mi madre tenía un extraño sentido del humor —admitió. Era muy extraño que inquiriera acerca de su nombre, y no sobre su reputación.

—Ya veo. —El toque de mordacidad desapareció en los tonos fríos otra vez—. No creo que este bosque sea seguro para que una joven ande de noche. La acompañaré hasta su casa.

—Por favor, disculpe la intromisión, *milord* —dijo ella con retraso—, pero hay hierbas que necesito en este arroyo. ¿Le molesta?

—¿Le importaría si digo «sí»?

También era observador. Negó con la cabeza.

—Lamentaría mucho ir contra sus deseos, pero no dejaría al joven Matthew con un dolor de garganta.

—¡De acuerdo! —pareció retraerse, o tal vez la luna se había desplazado detrás de una nube—. Entonces, continuemos con eso. Entiendo que es una herborista y no una bruja.

—Veo que es un filósofo innato —comentó ella de forma evasiva mientras echaba una mirada a la orilla del arroyo donde crecía la agrimonia. No le importaba lo que creyera, y se negó a sucumbir ante la tentación de una fantasía de Beltane.

Muchos hombres eran altos y de físico elegante, con voces que podían atraer la atención con solo un susurro. La abuela le había dicho que el demonio poseía tales encantos, mientras prometía mucho y hacía el mal. Si simulaba que el conde era Satanás, podía ignorar con tranquilidad el repique inusual de su corazón ante su proximidad. Solo por el hecho de haber deseado un amante no significaba que caería ante los encantos de cualquier hombre que apareciera... y desde luego, no ante un Ives.

PATRICIA RICE

Frunció el entrecejo y se agachó para observar mejor el lecho del arroyo. Quizás la oscuridad ocultaba lo que sabía que había allí.

Él debió haber oído el insulto que murmuró por la frustración. Se acercó. Sus largas piernas enfundadas en botas se detuvieron cerca de su mano.

—¿Qué sucede?

—Ya no está. Solía crecer tupida... —Avanzó al otro lado de la maleza, buscaba más cerca del agua—. El berro ya no está tampoco, pero eso podría ser... —Pinchó la tierra húmeda de la orilla con una rama—. Nada mata las violetas —murmuró confundida—. ¡Los encantadores juncos están secos! —exclamó un momento más tarde—. ¡No es posible!

Se agachó a su lado y clavó su bastón en el dique.

—No veo mucho más excepto piedras. ¿Está segura de que es el lugar correcto?

Los finos vellos de la parte posterior del cuello se elevaron cuando la mano de él casi roza la suya, pero frente a un desastre de esas proporciones, no tuvo paciencia con su extraña reacción. El arroyo le proporcionaba una buena parte de los remedios. Si no podía curar, ya no había lugar para ella allí. Un frío estremecimiento le heló la sangre. Sin duda la leyenda de que las Malcolm y los Ives atraían el desastre no podía ya estar haciéndose realidad. Quizás eran solo los hombres Ives los que la provocaban.

Se negaba a que el pánico la invadiera y pinchó más lejos, contracorriente.

—Sé que es el lugar correcto —murmuró, principalmente para sí misma. No estaba acostumbrada a que alguien la acompañara, y la oscura silueta que era su compañía se mostraba de manera muy extraña, le permitía ignorarlo a gusto—. Aquí está el sendero que marqué. Aquí es donde coloqué las cenizas y el estiércol para enriquecer la tierra. Sé... —Se detuvo y rompió una rama de sauce que colgaba del dique—. Seco —susurró cuando la rama se quebró.

LA MAGIA DEL AMOR

—Los árboles se mueren —acotó él desde atrás—. Con esta fría humedad, es un milagro que vivan.

—No. No, no está bien... —Caminaba con cuidado en la oscuridad, rompía una rama por aquí, se agachaba para observar la raíz de un árbol por allá—. Tendré que regresar de día, seguir el arroyo... —Pero el miedo le recorría las venas. Sin sus remedios, era poco menos que nada. Debía descubrir...

—No hará tal cosa —le informó él—. En verdad, es hora de que la acompañe a su casa.

Murmuró para sí misma, metió las hojas secas y las ramas que había recogido en el bolsillo de su delantal y regresó a zancadas hacia el sendero. Según su abuela, en el orden establecido, los hombres solo tenían un propósito: los mismos servicios que el demonio le ofreció a Eva. No obstante el conde era el dueño de esa propiedad, y ella al menos debía fingir que lo escuchaba.

Dando zancadas por el camino, analizaba todas las razones por las que las plantas podrían haberse secado; se negaba a creer que todo estuviera perdido. Ninian pegó un brinco cuando unos fuertes dedos la tomaron del codo.

—Se romperá una pierna si camina de manera tan descuidada.

Un hormigueo le recorrió la piel cuando sus dedos la presionaron a través de la manga del vestido. La sensación la asustó. ¿Sus deseos ociosos por tener un enamorado habían evocado a ese hombre? Debió haber prestado atención cuando su abuela le advirtió sobre desear lo que no podía tener, en especial en una noche tan poderosa como la de Beltane.

—Las brujas ven en la oscuridad —comentó con alegría, y le dio un tirón que no fue muy delicado.

Los largos dedos solo se aferraron con más fuerza.

—A diferencia de aquel gamberro, yo no creo en las supersticiones, y no significa un perjuicio para usted. La acompañaré a su casa para que llegue sana y salva.

Con sabiduría, Ninian renunció a la pelea, para que no la cogiese aún con más fuerza. El roce de él la inquietaba tan-

PATRICIA RICE

to como su falta de espíritu afectivo. Nunca había concentrado su atención solo en lo físico. Y nunca había sentido lo físico con tanta intensidad como con ese hombre. No podía sentir si le mentía o se reía de ella, pero sin ninguna lógica, creía lo que le decía. Un aristócrata rico no tendría interés en una joven del pueblo, y si lo hiciera, ya le habría ofrecido dinero a esas alturas.

—¿Ha estudiado filosofía natural, *milord*? —Le sacaría el mejor partido a ese desvío forzado interrogándole. Quizás tenía una sugerencia para ahuyentar su miedo acerca de la falta de vegetación junto al arroyo.

Vaciló antes de responder.

—En cierto modo —convino de mala gana.

—¿Sabe algo acerca de las características del agua?

—Que es húmeda.

Esta vez estaba segura de haber oído la mordacidad en su tono de voz. Creía que era una estúpida. Que así fuera. Habló en voz alta para ocultar la incómoda percepción que los rodeaba.

—Sé más de plantas que de agua —admitió ella—. Me pregunto si es posible que el agua se vuelva perjudicial para las plantas, como lo hace la tierra cuando se vuelve estéril.

Silencio. Ninian echaba humo ante esa falta de respuesta. En verdad, necesitaba a alguien que pudiera discutir esas cosas con ella. Sin su abuela, no tenía a nadie que tuviera su nivel de conocimiento.

—Nunca he visto ningún arroyo sin vida vegetal en esta época del año —dijo él, de manera reflexiva.

Suspiró con alivio.

—¿Ni siquiera después de un duro invierno inusual?

Otra vez, el largo silencio reflexivo antes de que su voz grave quebrara la noche.

—No estoy demasiado familiarizado con este clima, pero incluso en las Tierras Altas de Escocia he visto vida vegetal a la orilla de los arroyos en mayo.

—Es lo que pensé. —Satisfecha por confirmar parte de su teoría, meditaba sobre la siguiente hipótesis.

—¿Su casa está muy lejos de aquí? —inquirió él, rompiendo el prolongado silencio.

Sobresaltada una vez más porque de alguna manera la despertó de su ensueño, Ninian parpadeó y echó una mirada alrededor. Sumergida en sus pensamientos, habían dejado el bosque y ahora cruzaban el camino del pueblo.

—No, no está lejos.

Oía la noche a su alrededor, el suave ululato de un búho en un campo cercano, los gritos alegres que traía el viento de aquellos que estaban alrededor de la fogata, y se estremeció al sentir la ira de un ebrio que le resultaba muy conocido, en las cercanías.

—Nate está escondido en los arbustos de mi puerta —dijo ella con tranquilidad e hizo un gesto con la cabeza hacia la cerca cubierta de un matorral de rosales descuidados—. Para cuando llegue la mañana estará convencido de haberlo visto con cuernos y cola, surcando el cielo sobre el palo de mi escoba. Quizás desee hablar con él.

Le lanzó una mirada penetrante y miró hacia los arbustos que susurraban del lado de afuera de la cerca.

—Rara vez hablar surte efecto con los torpes —respondió.

Le soltó el codo, caminó a zancadas con determinación hacia la puerta y sacó a Nate de su escondite de un tirón brusco.

Fascinada, Ninian observaba cómo lord Ives se alejaba, arrastrando sin mayor esfuerzo a un Nate que forcejeaba y protestaba, sin más ni más.

Se le ocurrió que tenía todo el derecho a temerle a un hombre como ese.